

Si despegara los ojos de las páginas por un momento, ella podría verme. Pero los días pasan y todos mis esfuerzos son en vano. Su mirada yace apacible en su libro; bajo la sombra del mismo árbol, ella se sienta a leer todas las mañanas, al principio me limitaba a observarla, pero ahora, la necesidad de conocerla me aturde. Ella es una fortaleza, inalcanzable, vive en una realidad a la que yo no tengo acceso.

Le hablo, pero ella está sumergida en su lectura, ajena a mis intentos fallidos por llamar su atención. Me siento junto a ella. Estoy en su compañía pero en completa soledad. Ella no está conmigo. Frustrado, voy a la librería y adquiero una copia del mismo libro; lo leo durante varios días y varias noches, hasta memorizarlo.

Hoy me siento junto a ella como todas las mañanas. Nada cambia, sigue sin notar que existo. Reúno coraje y le digo:

—Es un libro hermoso.

Creo que no me escucha, pero entonces, ella despierta de un sueño lejano, quita su mirar de las páginas y por primera vez, me mira.

Sus ojos se inundan en lágrimas; me apresuro a disculparme por mi atrevimiento de hablarle, pero entonces ella me dice:

—Verdad que sí; es hermoso, y más.

Una sonrisa aflora en sus labios y en su mirada.

Libros... ¿Qué sería de esta vida sin libros?

Un lugar muy oscuro, sin duda.